Julio Díaz Bejerano y Gregorio Aguayo Marañón

AURORA SOCIAL

ZARZUELA DRAMÁTICA SOCIAL

EN UN ACTO Y EN PROSA

DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO Y TRES CUADROS

MÚSICA DE LOS MAESTROS

MODESTO y VICENTE ROMERO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

AURORA SOCIAL

AURORA SOCIAL

ZARZUELA DRAMÁTICA SOCIAL

en un acto y en prosa

DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO Y TRES CUADROS

ORIGINAL DE

Julio Díaz Bejerano y Gregorio Aguayo Marañón

música de los maestros

MODESTO y VICENTE ROMERO

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO BARBIERI el 8 de Noviembre de 1912



MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

Salutación:

Reconózcanos el proletariado de todo el Universo como defensores de su causa, que es la nuestra, y reciban nuestra gratitud cuantos intérpretes tomaron parte acertadísima en el estreno de esta obra y todos los que nos ayudaron á conseguir ponerla en escena.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA	SRA. RODRÍGUEZ.
ROSINA	SRTA. ABEL.
SEÑORA JUANA	SRA. BUSTOS.
DON BALTASAR	SR. SORIA.
DON CÁNDIDO	PASTORS.
MÁXIMO	ALVARO.
MARTÍNEZ	VILA.
JOSECHU	MARTÍN.
MINERO 1.º	GRAU.
IDEM 2.º	PEREA.
IDEM 3.º	PRAT.
IDEM 4.º	CHUECA.

Guardias forales, obreros y obreras de las minas

La acción en Vizcaya.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

PRÓLOGO

Telón corto. La escena representa alrededores de unas minas. Vense los baldes aéreos de mineral, parados. Al levantarse el telón, coro de mineros huelguistas. Entre ellos, en primer término, Máximo.

ESCENA UNICA

MÁXIMO y CORO GENERAL

Música

Honrados y nobles obreros,
tenemos la vida fugaz;
cual todos los seres del mundo
queremos la dicha gozar.
Disfrutar de la paz y del bien
es nuestro derecho y razón;
vamos, pues, á lograr este fin
mostrando consciencia y valor.
La unión es la fuerza,
nuestro gran ideal,
es el primer paso
de la Humanidad.
La unión es la fuerza,
nuestro gran ideal,
es el primer paso de avance
de la Internacional.

—

Si el burgués no nos trata mejor,
sabremos en lucha vencer,
y lograr, con razón, libertad,
igualdad y justicia después.
¡Abajo las armas de guerra!
Trabajo queremos, no más;
quien quiera que sea, trabaje,
y muera quien sea holgazán.
La unión es la fuerza,
etc., etc.

Hablado

Máx. Ea, sigamos como hasta ahora. Ninguno flaquee, que en ello va el pan de nuestros hijos.

Min. 1.º Y no sólo el pan, sino el respeto que merecemos como personas.

Máx. Por eso debieran ver en nosotros á los héroes del trabajo y no á míseros esclavos. Demostraremos cumplidamente que no somos tales, con la unión: arma la más poderosa, que nos dará el triunfo, restableciendo de una vez para siempre el equilibrio social en todo el Universo. No desmayéis, pues, si se prolonga la lucha, que más grande es la victoria cuanto más cuesta conseguirla. Y ahora, esperemos la contestación del patrón sin dar voces, sin violencias; nada de esto es preciso para mejorar nuestra situación: basta con cruzarse de brazos.

Min. 1.º Verdad.

Todos ¡Sí, sí!

Máx. De modo que ya lo sabéis: á cumplir como buenos.

Min. 1.º ¡Viva la unión!

Todos ¡Vivaaa!

Min. 2.º ¡Viva el compañero Máximo!

Todos ¡Vivaaa!

Min. 3.º ¡Vivan los mineros!

Todos ¡Vivaaan! (Vanse derecha, y al caer el telón, lento, cruzan forales de izquierda á derecha.—Telón.)

CUADRO PRIMERO

Despacho de don Baltasar, lujosamente amueblado. Puerta al foro y dos laterales á la izquierda, con cortinones. A la derecha, primero y segundo términos, balcones; mesa escritorio con recado de escribir y libros, etc., etc., delante del balcón de segundo término. En el centro de la escena mesita velador con un florero con flores, tres ó cuatro libros y papel de música; á ambos lados de esta mesita dos sillas, y pendiente del techo, también sobre ella, jaula con pájaro. Sillas del color más claro posible; una de éstas entre el balcón y la mesa-despacho; al lado opuesto otras dos, y en el asiento de una de ellas un cartelito engrudado que diga: «Horas de oficina: 9 á 11 y 3 á 6».

ESCENA PRIMERA

DON CÁNDIDO en el centro primer término; DON BALTASAR á su izquierda; AURORA á su derecha; JOSECHU detrás de don Cándido, á quien hará burla á menudo; á la derecha de Josechu ROSINA y MARTÍNEZ, y á la izquierda SEÑORA JUANA. Todos de rodillas y signándose al levantarse el telón

Hablado

Jos. (Al ponerse todos en pie. Exagerado.) ¡Amén, amén y amén! (Don Cándido le mira con odio.)

Balt. ¡Cómo!... ¿Tomas á broma las cosas sagradas?

Jos. Señor... es que...

Balt. Sea la última vez que te advierto.

Jos. Amén.

Balt. ¿Todavía?

Jos. Digo que está bien.

Balt. ¡Basta!

Juana ¿Manda algo el señor?

Balt. Nada; podéis retiraros.

Juana (A don Cándido, con reverencia.) Con su licencia... (Le besa la mano.)

Cán. ¡Santa mujer, de ejemplo sirvas! (Rosina también le besa la mano.)

Jos. (Haciendo lo mismo y limpiándose con la bocamanga. Aparte.) ¡Vaya usted á saber dónde las habrá tenido metidas!

(Vase señora Juana segunda izquierda, y Rosina y Josechu por foro. Aurora queda haciendo carantoñas al pájaro.)

Mart. (Besa y se sienta á la mesa, al lado del balcón. Aparte.) ¡Que á mis años tenga que besar las extremidades de este energúmeno!

ESCENA II

AURORA, DON BALTASAR, DON CÁNDIDO y MARTÍNEZ

Aur. (A don Cándido.) También yo les dejo.

Cán. (Con interés.) ¿Se retira usted, Aurorita?

Aur. Tendrán ustedes que hablar.

Cán. Lo siento. (Aurora le besa la mano y vase primera izquierda. Aparte.) ¡Qué hermosa está!

ESCENA III

DON BALTASAR, DON CÁNDIDO y MARTÍNEZ

Cán. Hay que ser más severo con los criados. (Mira á hurtadillas á Martínez.)

Mart. (Aparte.) ¡Cómo me mira!

Balt. Para lo que me resta de vida...

Cán. Algún disgustillo con Aurora, ¿eh? Esa muchacha acabará con usted.

Balt. No; no es eso. (Acerca las dos sillas de la mesa-despacho á la batería.) Siéntese. (Se sientan: don Cándido á la izquierda en la que tiene el cartelito.)

Mart. (Aparte y buscando en derredor de la mesa.) ¿Dónde demonios habré dejado el cartelito? Con tanto rezo estoy perdiendo la memoria.

Cán. Vamos á ver. ¿Qué es ello?

Balt. Los obreros de las minas, á quienes tanto tiempo vengo dando el sustento que, en realidad, no ganan, me declaran la huelga. (Le da á leer un papel. Martínez continúa buscando el cartelito.)

ESCENA IV

DICHOS y JOSECHU, éste asomándose entre la cortina del foro y puesto el sombrero de don Cándido

Jos. (En voz baja.) ¡Martínez! ¡Martínez! (Aparte.) ¿Si le habrán lacrado las orejas? (Le tira una pelotilla. Martínez le indica que se vaya. Vase echando bendiciones.)

ESCENA V

DICHOS, menos JOSECHU

Mart. (En voz baja.) ¡Este muchacho es pánfilo!

Cán. (Levantándose, da espaldas al público, teniendo pegado al balandrán el cartel.) ¿Quién me llamaba?

Mart. Dispénseme; soy yo, que cuando no encuentro lo que busco hablo solo. (Don Cándido se sienta. Aparte.) A poco lo estropeo.

Cán. (Devolviéndole el papel á don Baltasar.) Bien. ¿Y qué piensa usted hacer?

Balt. ¡Diga usted qué piensan hacer de mí!

Cán. No hay que atribularse. Si en algo puedo servirle...

Balt. ¿Qué fuera de mí si no contara con su leal ayuda?

Cán. La sagrada profesión que ejerzo me obliga á ello.

Balt. Y su proba bondad. (Queda abatido.)

Cán. (Dándole golpecitos en la espalda.) Vamos, basta de alabanzas... Dios le protejerá.

Balt. ¡Tantos años de sacrificios...!

Cán. (Con hipocresía.) ¡Cría cuervos!...

Mart. (Aparte.) Y te sacarán... los cuartos.

Balt. ¡Qué razón tiene ese refrán!

Cán. Las ideas sectarias darán pronto en tierra, no lo dude usted. Su fuerza no se emplea en buscar el bienestar del obrero, sino en sobreponer los terrenales goces á la dicha eterna. ¡Almas depravadas que no conciben la grandeza en que Dios se inspira para repartir las riquezas!

Balt. En su nombre le pido no me abandone. A veces pienso que me deja de su mano.

Cán. Creo haberle recordado en otra ocasión que Dios no permite á los hombres dejen de cumplir sus mandatos. Así, pues, cuando los impíos sobrepasan los límites establecidos por él; pone en su lugar los adictos á la religión. (Pausa.) Vea usted cómo pensó de ligero al censurar los actos divinos. Usted, como yo y todos los hombres, ¿quiénes somos para atrevernos á tanto? Insectos viles.

Mart. (Aparte.) ¡Menudo abejorro eres tú!

Balt. Perdóneme el Señor, y hágase su voluntad. (Pausa.) No obstante, no veo la solución.

Cán. (Con envanecimiento.) ¡Caramba, don Baltasar, un pelo le ahoga...! ¿Se fueron los obreros que no le eran adictos?... Regocíjese... Le dan ocasión para emplear á buenos hijos de Dios.

Mart. (Aparte.) ¿De Dios?... Pues Dios te libre... (Haciendo ademán de pegar.)

Balt. (Con asombro.) Su tranquilidad me asombra. ¿Cree usted que si encontrara otros me apuraría?

Cán. ¡Pues no ha de hallarlos, infeliz! ¿Cuántos no están deseando ganar un sustento honradamente? Nada, don Baltasar, si para ello me autoriza. tendrá usted el personal nece sario... y bueno.

Mart. (Aparte.) Bueno... y yo tendré el gusto de des hacerte la combinación. (Se dispone á escribir muy de prisa una carta.)

Balt. (Con alegría.) ¿Qué dice usted, padre? Tanto más tendré que agradecerle.

Cán. Nada de eso. La buena causa exige ese y muchos más sacrificios.

Mart. (Remedando su hipocresía. Aparte.) ¡Pobrecillo, cómo se sacrifica por la causa! (Señalando el bolsillo.)

Balt. ¡Cuánto le debo, don Cándido!

Mart. (Aparte.) No te apures; ya te pasará la cuenta.

Cán. (Levantándose con resolución.) Ea, no perdamos tiempo; al instante comienzo mis trabajos. (Acercándose más á don Baltasar, que también se habrá levantado.) Pero no quisiera que lo que

voy á decir se le dé por alguien falsa interpretación.

Balt. Necesita usted dinero, ¿no es eso?

Cán. ¡Naturalmente! Porque...

Balt. (Interrumpiéndole.) Nada tiene que decirme; soy yo, por el contrario, quien tiene que pedirle perdón por el olvido. (Sacando la cartera.) ¿Qué cantidad...?

Cán. Por el momento... con dos mil pesetas...

Mart. (Que habrá estado muy atento á este diálogo. Aparte.) ¿No lo decía yo? ¡Eso por el momento!... ¡Guardias! ¡Guardias!

Balt. (Entregándole dos billetes.) Tome usted.

Mart. (Aparte.) ¡Así se te vuelvan avispas!

Cán. (Disponiéndose á marchar.) Y no hay que apurarse por nada. Ante todo hay que ser más creyente. En esta casa va faltando la fe, y la Providencia le avisa con un pequeño castigo. (Pausa.) Es preciso desagraviar á Dios orando mucho.

Balt. (Cogiendo y besando la mano de don Cándido.) Oraré, sí; oraré con fervor.. ¡Oh, no sabe usted cuánto bien me hace!... ¡Gracias, padre! (Martínez, que habrá terminado la carta, la guarda azorado en el bolsillo)

Cán. De nada. No tardaré en traerle buenas nuevas. Quede usted con Dios. (Sin dar espaldas á don Baltasar.)

Balt. (Yendo hasta el foro.) El le acompañe.

Cán. No permito que se moleste...

Balt. Si yo también voy á la calle...

Cán. No le hace; yo voy más deprisa. Adiós. (Vase.)

Balt. Adiós.

ESCENA VI

DON BALTASAR y MARTÍNEZ

Balt. (Aparte.) ¡Quién iba á pensar que don Cándido fuera mi salvador! Dispuesto estaba á ceder; pero yo os arreglaré. A mí tendréis que acudir. El hambre os hará humildes. (Exaltado.) ¡Y cómo he de saciar mi odio en vuestra miseria! «¿Tenéis hambre?—os diré.

¡Manteneos con la soberbia!... ¿No os basta? ... ¡Comeos unos á otros!» (Restregándose las mauos.) Ya verá don Cándido si tomo bien sus consejos. (Vaae foro,)

ESCENA VII

MARTÍNEZ, solo

(Despidiéndole con la mano, cómicamente.) ¡Vaya usted con Dios, amigo! (Al público, levantándose.) ¡Qué fino es este hombre!... Cada vez le entiendo menos... Unas veces mucho Martínez por aquí, Martínez por allá, que si Martínez esto, que si Martínez lo otro... y á lo mejor... se despide de Martínez á la francesa. Por supuesto, que el culpable de todo es ese lechuzo de don Cándido. (Pausa.) ¡Y á mí que no hay quien me quite de la cabeza que le gusta la señorita Aurora!... ¡Y qué prosapia tiene el amigo!... ¡Ah; pero lo de la huelga... eso ya lo veremos! Esta carta les pone sobre aviso. (Mostrando la carta.) La echaré yo mismo antes que recojan el correo. (Se dispone á salir.)

ESCENA VIII

MARTÍNEZ, JOSECHU y ROSINA, los dos últimos entran por el foro riendo. Josechu con un plumero en la mano

Música

Jos. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!
Ros. ¡Ji, ji, ji, ji, ji!
Jos. No puedo tenerme
de tanto reir.
Mart. ¿Pero qué demonios
os pasa? Contad.
Jos. Es buena ocurrencia.
¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Mart. ¿De qué reís tanto?
Decidmelo al fin.

Ros. Tiene mucha gracia.
¡Ji, ji, ji, ji, ji!
Jos. Es que don Cándido lleva
pegado en el balandrán,
en salva sea la parte,
un letrero singular.
Ros. Con las horas de oficina:
nueve á once y tres á seis.
Mart. ¡Ya podía yo buscarlo!
¡Je, je, je, je, je, je, je!
Ros. Lo que es cuando vuelva
yo no salgo á abrir.
Mart. A mí me excomulga.
Jos. ¡Pues no digo á mí!
Ros. ¡Si le ve la gente
con el cartelón!...
Mart. Se le habrá caído.
Jos. Eso creo yo.
Mart. De todas maneras
hay que confesar
que es para reirse.
Todos ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
(Martínez vase foro.)

ESCENA IX

DICHOS y AURORA, ésta saliendo por la primera izquierda

Hablado

Aur. ¿Qué sucede? (Josechu hace que limpia.)

Ros. Nada, señorita. Es que este demonio de Josechu tiene una sombra para contar las cosas...

Jos. (Contoneándose.) Diga usted que es favor, señorita.

Aur. Bueno... pues haz el favor de tener más formalidad. Y á ver si es posible que acabes hoy de limpiar. (Vase Josechu por el foro, haciendo que limpia exageradamente.)

ESCENA X

ROSINA y AURORA

Aur. ¡Qué feliz eres, Rosina!
Ros. ¿Por qué, señorita?
Aur. Porque no sientes ni padeces. Todo te hace gracia.
Ros. No, todo, no; maldita la gracia que me hace que me riña porque nos reímos...
Aur. No es por eso. Es que no sé lo que me pasa.
Ros. Pues yo si lo sé: que es usted joven y está falta de amor; ¡porque lo que es don Baltasar!...
Aur. Tienes razón. ¡Qué hermoso debe ser amar y ser amada!... Pero olvidas que no á todos nos concede la sociedad el mismo derecho. La mujer que cae en el lodo, aunque no haya sido culpable, podrá no hundirse más; pero salir de él, imposible... ¡No; yo no tengo derecho al amor sincero!... (Con acento dolorido.)
Ros. Demasiado buena es la señorita. Tal vez si no hubiera hallado en su camino á don Baltasar...
Aur. No sé, Rosina, lo que habría sido; á él le debo lo bueno y lo malo.
Ros. Eso, sí; todo se le hace poco para usted. Bien puede decir que es su padre.
Aur. (Con tristeza.) ¡Mi padre!... ¡Pobrecillo! ¿Qué será de él?
Ros. Vaya, señorita, si se propone volverse loca lo conseguirá. ¿Por qué no se alegra? Deje esos pensamientos que, después de todo, nada la remedian.
Aur. Es cierto; pero el disgusto, la monotonía, quizá la locura, hace que cometa lamentables errores. A veces noto que un poder misterioso me dice: «Ven á mí; éste es tu campo.» Y otras: «¡Aparta!... Tu camino no es ese.» Y en este sueño, en este delirio, busco la senda que me conduzca á esos ilimitados confines, vírgenes aún de huella humana,

donde mis ilusiones pretenden hallar ideales puros; donde la floresta, resguardada por graníticas moles que impidan el acceso á la pasión y al egoísmo, aparezca ante mí cual rico vergel.

Ros. Aunque me encanta oirla, la suplico no prosiga, pues temo le perjudique.

Aur. ¿Es decir, que no quieres escucharme?

Ros. Al contrario. Toda la vida la pasaría á su lado hablando de lo mismo... (Aurora hace signos afirmativos.) ¿Lo duda usted?

Aur. No; no lo dudo... puedes retirarte. (Con ironía.)

Ros. ¿Se enfada usted?

Aur. Vete. (Se sienta á la mesita, pensativa. Rosina queda en actitud expectante para en seguida hacer mutis brusco por segunda izquierda.)

ESCENA XI

AURORA, sola

¡Qué desventurada soy; nadie me comprende!... (Coge de la mesa un papel de música y se levanta. Con alegría, reprochándose á sí misma.) ¡Oh, ingrata de mí!... ¿Cómo pude olvidar á mi querida amiga?... Tú que tantas bellezas contienes, dame una vez más el consuelo que los demás me niegan.

Música

Quiero hallar en la música notas
que me saquen de tal situación;
olvidar lo pasado, cantando
los ensueños de mi corazón.
No es amor lo que encierra mi pecho;
religión, fanatismo, no es;
es, sin duda, dolor, neurastenia,
que me obliga á vivir al revés.
Admiro el canto
del ruiseñor,
por lo divino
y halagador.
Y por las flores
siento placer,

pues son el alma
de la mujer.
En cambio, no me mueve
el más leve deseo,
de ver en lontananza
el astro rey brillar,
ni advierto en las estrellas
el suave tintineo,
que vates eminentes
nos suelen relatar.
No veo más que sombras
de dantesca figura,
cruzar por el espacio
y desaparecer.
Y es que la mente mía,
fantástica, fulgura,
cual mágica linterna,
hasta inundar mi ser.
Esta vida que llevo me aburre;
yo quisiera reir y llorar,
tener penas, tener alegría;
yo quisiera sufrir y gozar.
Sin calor ni cariño paterno,
sin tener ni noción del amor,
sólo vivo viendo con deleite
cómo viven el ave y la flor.

ESCENA XII

Poco antes de terminar la música aparece DON CÁNDIDO por el foro; queda parado y tose ligeramente para llamar la atención de AURORA; ésta vuelve la cabeza

Hablado

Aur. ¡Ah! ¿Es usted?
Cán. (Avanzando.) Pido mil perdones si molesto.
Aur. No tal.
Cán. Me olvidé hacer una pregunta á don Baltasar...
Aur. Pues ha salido.
Cán. Esperaré un poco. (Se sienta. Viendo un libro que hay encima de la mesita.) ¡Caramba!... Veo que no se pierde el tiempo. Indudablemente lee usted este libro...

Aur. (Sentándose al lado de don Cándido.) En los ratos de ocio.

Cán. Es muy provechoso.

Aur. Pues á mí maldito lo que me aprovecha.

Cán. Porque es usted muy singular; nada le agrada.

Aur. ¡No sea usted injusto! ¿Puede ser nada agradable para mí?

Cán. Hasta cierto punto... Con franqueza: ¿Ama usted á don Baltasar?

Aur. De sobra sabe usted que no. Mi amor no tiene forma ni color... Es un algo que desconozco... que me mortifica, que consume mi existencia.

Cán. (Aparte.) Esta es la ocasión. (Alto.) ¡Claro! Nadie puede imponerse á la naturaleza... Su juventud se marchita en este encierro. ¿Ama usted y no sabe qué? (Cogiéndola una mano.) Yo la ayudaré á descubrir esa incógnita.

Aur. ¡Qué bueno es usted! (Se arrodilla y le besa la mano.)

Cán. (Aparte y con frenesí, levantándose) ¡Acerté! (Alto.) Eres un ángel. (Atrayéndola á sí.) Fía en mí. Tus penas lo son mías. (Aurora se levanta sollozando; apoya la cabeza en el hombro de don Cándido y éste la estrecha la cintura.) No llores. Yo colmaré tu natural deseo. (La da un beso.)

Aur. (Desasiéndose de él, retrocede asustada; con mucha energía.) ¡Ah, miserable!... ¡Hipócrita!

Cán. (Yendo hacia ella.) ¡Aurora, por lo que más quieras!... ¡Dispón de mi vida, pero...!

Aur. ¡Basta! ¡Váyase! (Con gallardo ademán, indicando la puerta.)

Cán. (Avanza más; Aurora retrocede hacia la izquierda.) ¿Marcharme? ¡Nunca! (Con ímpetu salvaje se apodera de Aurora, que da un grito. La tapa la boca y forcejean.)

ESCENA XIII

DICHOS. JOSECHU y ROSINA. Estos dos por el foro. Josechu con una máquina de dar brillo á los suelos

Jos. (Amenazando á don Cándido con el cepillo.) ¡Suelta la presa, cuervo, ó serás pasto de los tuyos! (Don Cándido suelta á Aurora y retrocede al fondo.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON BALTASAR y SEÑORA JUANA, que entran por el foro

Balt. ¿Qué es esto?... ¿Qué pasa?

Jos. Pues... que...

Aur. ¡Tú te callas! (Josechu la mira sorprendido.)

Balt. ¿Qué ha hecho ese imbécil? (Por Josechu. A don Cándido.) Don Cándido, ¿qué ha sucedido?

Cán. (Tratando de imponerse.) ¡Mande usted salir á toda esta gente y escuche los consejos de un ministro de Dios, ó es perdido!

Balt. (Con dureza.) ¡Retiraos! (Señalando la puerta y dirigiéndose á todos. Los actores quedan en esta situación: Josechu, á la izquierda, entre las dos laterales; Don Cándido, también á la izquierda, al lado del foro; señora Juana, en la misma puerta del foro; Rosina, á la derecha, al fondo; don Baltasar, en el centro, y Aurora, derecha, primer término.)

Aur. (Avanzando al centro y dirigiéndose á todos, que hacen ademán de salir. Con entereza.) ¡No! No saldremos sin que antes sepa que ese hombre es un mal sacerdote.

Cán. (Con hipocresía, llevándose las mauos á la cabeza.) ¡Jesús, María y José!

Balt. ¿Sabes lo que dices, Aurora?

Cán. (Interrumpiendo.) ¡Está loca!...

Balt. Tal creo. No me explico su actitud... ¿Qué motivos?...

Aur. Los diré.

Jos. ¡Y yo y yo!

Aur. Me basto sola. (A don Baltasar.) Dije mal sacerdote y debí decir mucho más, (Don Cándido se excita.) que no es ofensa llamarle así si su nombre es... *libertino.* (Dirigiéndose á don Cándido y recalcando la frase.)

Cán. ¡Yo libertino! ¡Jesús! ¡Jesús!

Balt. ¡No me atrevo á creer!...

Aur. Sí, libertino; porque pretendió que me rindiera á sus carnales deseos!

Balt. (Colérico.) ¡Maldito sea!...

Jos. Y maldita sea la...

Cán. (Arrodillándose.) ¡Por Dios, no crea usted á esa mujer, que le pierde y quiere perderme!

Aur. (Tratando de abalanzarse á don Cándido.) ¡Y aun es capaz...!

Balt. (Interponiéndose.) ¡No!... ¡No me cabe duda! (A don Cándido.) ¡Salga usted inmediatamente de aquí!... (Con mucha energía.) ¡Salga... ó no respondo!...

Cán. (Levantándose.) ¡Me iré; pero habéis de acordaros. (Vase foro, amenazando con el puño.)

ESCENA XV

DICHOS, menos DON CÁNDIDO

Jos. (Que habrá estado haciendo ademanes de contento, va corriendo al foro.) ¡Adiós, Judas!

Balt. (Con decaimiento.) ¡Aurora! ¡Aurora mía, perdóname si creí á ese falsario más que á tí!... (Llevándose las manos al corazón.) ¡Oh, qué golpe, Dios santo! (Muy fatigado y con voz apagada.) ¡Me siento muy mal!... (Aurora le acerca una silla y don Baltasar se sienta.) ¡Me .. ahogo...! ¡Dios mío!... ¡No... pue...do más!... (Todos le rodean asustados.) Me muero. (Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Igual decoración que el anterior. Todos de luto.

ESCENA PRIMERA

AURORA y MARTINEZ sentados á la mesa-despacho

Mart. (Clasificando papeles.) Poco á poco iremos encauzando todo.

Aur. Ya tengo ganas de salir de este berengenal de la huelga. (Pausa.) ¿Dice usted que la Comisión ha quedado en volver?

Mart. No tardarán.

Aur. Pues ya sabe que tiene amplias facultades para solucionarlo. No creo sean los obreros

intransigentes, ó pidan lo que no pueda concedérseles.

Mart. ¡Ah, señora! Si los bienes que legó á usted don Baltasar los emplea en remunerar con justicia y equidad el trabajo, nunca será bastante alabada.

Aur. Siempre pensé mitigar el dolor del que sufre.

Mart. ¡Qué buena es usted!

Aur. Gracias, señor Martínez. Trabajemos, pues, por los desheredados.

Mart. Estoy incondicionalmente á sus órdenes.

Aur. ¿Cuánta molestia le ocasiono, verdad?

Mart. Nada de eso.

Aur. A no ser por usted, no sé cómo hubiera salido de este laberinto.

Mart. Menos mal que no hubo inconvenientes en la testamentaría; don Baltasar dejó bien atados todos los cabos, porque si no el tal don Cándido.

Aur. ¿Será cierto que le han recogido las licencias?

Mart. Nada tiene de particular, porque no es bueno, ni será la primera vez que haya realizado actos tan repugnantes como los cometidos en esta casa.

ESCENA II

DICHOS y SEÑORA JUANA

Juana (Desde el foro.) ¿Dan permiso?

Aur. ¿Qué desea, Juana?

Juana Unos hombres, que no me parecen de mucha confianza, se empeñan en hablar con la señora. ¿Les digo que no está? (Con zalamería.)

Aur. (Con reproche.) ¿Cómo?... ¡Que pasen!

Juana Perdone la señora. (Vase persignando.)

Aur. (A Martínez.) Debe ser la Comisión. Sería conveniente que pasaran ahí. (Indicando segunda izquierda. Se levanta.)

Mart. Como usted mande. (Levantándose.)

ESCENA III

DICHOS, SEÑORA JUANA, MÁXIMO y Varios mineros

Juana (Por el foro malhumorada.) ¡Por aquí, hombre, por aquí!

Máx. Con permiso. (Entran todos con la boina en la mano.)

Aur. (Con solicitud.) Bien venidos. Supongo serán ustedes la Comisión que me han anunciado.

Máx. Sí, señora.

Aur. Bien. Aquí, el señor Martínez, escuchará á ustedes en mi nombre. Mi deseo es que esto se arregle.

Máx. No otra cosa deseamos nosotros.

Mart. Hagan el favor de pasar.

Máx. Tantas gracias, señora.

Aur. De nada. (Vanse segunda izquierda, Martínez, Máximo y mineros.)

ESCENA IV

AURORA y ROSINA

Ros. (Desde el foro.) ¿Se puede?

Aur. Adelante.

Ros. Espera este señor. (La da una tarjeta.)

Aur. (Leyendo.) «Adelardo Sanz, abogado» No le conozco. En fin, mándale pasar. (Vase Rosina.)

ESCENA V

AURORA, ROSINA y DON CÁNDIDO, éste con barba postiza y vestido de seglar

Ros. (Levantando el portier.) Pase, caballero. (Vase.)

Cán. (Muy cortés y desfigurando la voz.) ¿Doña Aurora?

Aur. Servidora.

Cán. Indudablemente no me conocerá usted...

Aur. No tengo tal honor. (Pequeña pausa.) Pero tome usted asiento. (Aproxima dos sillas á la batería)

Cán. Muchas gracias. (Se sientan.) Pues bien: como

resultaría pesado explicar mis relaciones con el difunto don Baltasar, y puesto que en nada altera el motivo de mi visita, prescindo de ello no sólo por evitar recuerdos tristes, sino por la brevedad.

Aur. Escucho á usted.

Cán. Ante todo, dispénseme la molestia que la pueda causar solicitando un favor para un desdichado; un pobre loco que en un momento de extravío olvidó sus deberes, cometiendo una tropelía que, si bien no se olvida fácilmente, debe perdonársele, siquiera sea para aliviar en algo su triste situación.

Aur. Si en mi mano está... Pero no adivino...

Cán. Lo diré, ya que veo está dispuesta á hacerlo y puesto que usted es la causa de su desgracia.

Aur. (Levantándose.) ¡Caballero!...

Cán. Cálmese, señora; iba á decir que aunque sin culpa suya.

Aur. (Sentándose.) No comprendo...

Cán. (Aproximando la silla.) ¿No se acuerda usted de don Cándido?

Aur. (Con extrañeza.) ¿Y aún tiene la osadía?...

Cán. De solicitar su perdón.

Aur. Si en eso estriba su salvación, llévesele.

Cán. ¿Pero conoce usted su situación?

Aur. Me interesa poco.

Cán. ¿No la remordería la conciencia si muriera pidiendo una limosna?

Aur. Lo deploraría.

Cán. ¿Entonces?

Aur. En ese caso le socorrería, cumpliendo una de las obras de misericordia.

Cán. Gracias la doy en su nombre. Y ahora la última petición. ¿Se negaría usted á ser la portadora de tan buena nueva? Su reconocimiento sería eterno.

Aur. ¡Ah, eso no!

Cán. ¿Y si la visitara él en esta casa?

Aur. ¡De ninguna manera!... ¡Que no intente tal cosa! (Se levanta, imitándola don Cándido,)

Cán. ¿De modo que es su última palabra?

Aur. La última.

Cán. (Pasando la vista rápidamente por toda la escena.) ¿Sabe usted á lo que se expone?

Aur. A nada, absolutamente.

Cán. ¡Puesto que lo quieres, sea! (Se quita la barba.)

Aur. (Retrocediendo.) ¡Ah, Dios mío! ¡Es él!

Cán. (Con sarcasmo.) ¡Ja, ja, ja! ¿Creías que había terminado todo? ¡Es necesario que liquidemos nuestras cuentas!

Aur. (Con entereza.) ¡Ya lo están!

Cán. ¡Ca! No pudo don Baltasar olvidarse en su testamento...

Aur. Precisamente. ¡Sabía demasiado quién era usted!

Cán. ¡Qué dices! (La coge de un brazo.)

Aur. ¡Suélteme ó...!

Cán. (Amenazándola con un puñal.) ¡Si das el menor grito...! ¡Eres mía! ¡El ansia de toda mi vida será satisfecha! (Aurora trata de desasirse.) ¡Es inútil que te opongas!

Aur. ¡Suélteme, por Dios! ¡Yo le daré el dinero que quiera!

Cán. ¡Eso luego! (Forcejean.)

Aur. ¡Favor!... ¡Socorro!... (Logra desasirse.)

(Don Cándido dará espaldas á la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y MÁXIMO, MARTÍNEZ y MINEROS, saliendo por la segunda izquierda. JOSECHU, ROSINA y SEÑORA JUANA por el foro. Todo simultáneo

Máx. ¡Cobarde!

(Cogiéndole por el cuello, le da un empellón del que cae en el centro de la escena, soltando el puñal al mismo tiempo que Martínez le amenaza con una silla.)

Mart. ¡Miserable!

(Aurora vase al lado de Máximo, sofocada. Josechu coge el puñal y va á dar á don Cándido.)

Ros. (Sujetando a Josechu.) ¡Qué vas á hacer!

(Señora Juana durante esta escena no cesa de santiguarse y llevarse las manos á la cabeza.)

Jos. ¡Clavar este alfiler en ese acerico! (Señalando á don Cándido.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Plazoleta del distrito minero. A la izquierda algunos peñascos y árboles. A la derecha cantina, y á los lados de ésta dos mesas toscas con jarritas y vasos de vino. Al fondo rompimiento practicable, por el que se ven las minas, baldes y vagonetas. Al levantarse el telón aparece una pareja de guardias forales por el foro y vanse por la izquierda, para volver cuando se indique.

ESCENA PRIMERA

JOSECHU y MINEROS 1.° y 2.°, sentados á la mesa primera; MINEROS 3.° y 4.° y varios compañeros sentados á la segunda

Jos. No podéis formaros idea de quién es doña Aurora. (Rumores en todos.) ¡Calma, calma!... ¡He dicho que no lo sabéis, y mantengo mi palabra. (Más rumores.) Bueno: al tiempo.

Min. 1.° No parece mala, pero...

Min. 2.° El patrón tiene el corazón en el bolsillo.

Min. 3.° ¡Ahí le duele!

Min. 4.° ¡Eso, eso!

Jos. Esta vez os equivocais.

Min. 1.° ¡Ojalá!

Jos. Al enterarse de la miseria en que vivís, ha estado en algunas de vuestras casas repartiendo dinero y...

Min. 2.° ¡La de siempre! ¡La limosna!

Jos. Veo que no queréis escucharme.

Min. 1.° Mira, muchacho: los patronos, cuando llegan estos casos, suelen recurrir á eso; á socorrer con *algo,* entiéndelo bien, con *algo* que, después de todo, es muy nuestro. El obrero no pide limosna; quiere que le den el fruto de su trabajo; vivir como hombre; relegar al olvido el maldito nombre de paria, que le humilla y distancia de otros que, valiendo menos, se creen de superior categoría. Hoy el obrero sabe cuál es su puesto, y en él permanecerá hasta vencer ó morir.

Todos ¡Venceremos!

Jos. Así sea... Es decir, así es. Y para probaros

que en esa casa todos tenemos simpatía por vosotros, os voy á enseñar unas canciones que ha hecho Martínez, el secretario, á propósito de vuestras cosas.

Todos ¡A ver, hombre, á ver! (Todos se levantan y le rodean, acercándose á la batería.)

Música

(Salen forales por izquierda y quedan parados en el fondo escuchando. Estos, lo mismo en los movimientos que en los gestos, han de ser exagerados.)

Jos. El minero saca el hierro
de la tierra con sudor
y lo transforma en cadenas
ó rejas de su prisión.
Pues si en huelga se declara
lo suelen encarcelar
por *exigir* menos horas
ó por pedir más jornal.
Y no continúo,
porque tengo miedo
que puedan llevarme
á la prevención.

Todos ¡No! ¡No!

Jos. Es que hay quien parece
que se chupa el dedo
y todo lo juzga
con doble intención.

(Avanzan los forales muy grotescamente hacia el grupo, se ponen la mano en la oreja como para escuchar, se miran uno á otro y haciendo señas de que no hay cuidado, vanse foro.)

Todos (Así que avanzan los forales.) ¡Chitón!

—

El oficio de minero
cada día está peor,
pues hay patronos que exigen
llevar recomendación.
Si no se les ponen trabas
tantas cosas pedirán,
que hasta la fe de bautismo
les tendremos que enseñar.
Y no continúo,
etc., etc.

—

Es el trabajo en las minas
sucio, insano y corporal,
y si descansa el minero
le regaña el capataz.
El patrón no se conforma
con que dejen el sudor,
y tienen que hacer del cuerpo
más de lo que es de rigor.
Y no continúo,
etc., etc.

ESCENA II

DICHOS. MÁXIMO y MINEROS por la izquierda

Hablado

Min. 1.º Aquí viene Máximo.

Máx. Salud, compañeros.

Todos Salud. (Josechu vase foro.)

Min. 1.º ¿Qué impresiones traes?

Min. 2.º Nos han dicho que han cambiado las cosas. ¿Es cierto?

Máx. Sí. (Todos le rodean con curiosidad.) La heredera tiene buen corazón; está dispuesta á arreglar el asunto cuanto antes.

Min. 2.º No me fío.

Máx. Casi me atrevería á deciros que es incapaz de engañarnos. Por lo pronto, ha mandado retirar las fuerzas, y dice que confiemos en ella como ella confía en nosotros.

Min. 1.º ¡No olvides que hemos sufrido muchos desengaños! ¡Acuérdate de lo pasado!

Máx. Descuidad.

ESCENA ULTIMA

DICHOS. JOSECHU, MARTÍNEZ y AURORA, por el foro

Jos. (Señalando á Máximo.) Ahí está. (Se queda hablando con Martínez, y Aurora avanza hacia Máximo. Se retiran los Mineros formando grupos y quedan en primer término Aurora, Máximo y Mineros 1.º y 2.º)

Aur. Perdone que le interrumpa... ¿Vive usted en el distrito?

Máx. (Sorprendido.) ¿A qué viene, señora, esa pregunta?

Aur. No se moleste por ello; pero por más que he preguntado, no han querido ó no han sabido darme razón de su nombre y domicilio.

Máx. Es natural. Mi nombre no le habrán dado, porque temerían fuese para hacerme algún daño. En cuanto á mi domicilio... cuando no estoy en la cárcel por cuestiones sociales, tan pronto habito la casa de éste como la de aquel, como la del otro.

Aur. Pero su familia... (Impresión en todos, que se acercan. Martínez y Josechu un poco más separados de ellos, hablan.) ¿No me contesta usted? ¿Huye de mí?... ¿No quiere que visite su hogar?... ¿Cree que no lo digo de corazón? (Máximo no contesta y Aurora se retira con tristeza.)

Máx. (Saliendo de su abstracción y con dolor, mirando á sus compañeros.) Señora, sus palabras me recuerdan afectos perdidos, y no puedo menos de maldecir la sociedad, de odiar la burguesía, causa de todos mis dolores y desdichas. Verdad es que usted no tiene la culpa de mis sufrimientos; pero al fin representa la explotación del hombre por el hombre, la tiranía y la opresión. (Vuelve á su posición anterior.)

Min. 1.º (A Aurora.) ¡Tiene razón! Su familia ha sido víctima del egoísmo patronal.

Aur. (Impresionada.) ¡Pobrecillo!... (A Máximo.) Siento recordarle antiguos padecimientos; pero es usted mi salvador, y si precisa fuera mi vida para remediar en algo la suya, disponga de ella. (Con solicitud.) ¿Duda usted aún? ¡Oh, cuénteme su historia!

Máx. (Reflexionando.) Sea. (Les rodean todos.) Hace diez y nueve años tenía compañera, una hija, preciosa criatura que se perdió para siempre, y un hijo de dieciséis años. (Aurora hace signos de comprensión. Minero 1.º indica á los que le rodean que atiendan.) Nos explotaban inicuamente en las minas. Mis compañeros sufrían y trabajaban hasta extenuarse; yo también, pero no con la resignación de ellos. Con mis cortos conocimientos conseguí organizarles: les hice ver la necesidad de formar Socieda-

des que algún día les traerían mejoras. (Pausa.)

Min. 1.º (A los demás.) Así es; él fué quien nos hizo conocer lo mucho que vale la unión.

(Todos hacen signos afirmativos.)

Máx. Pues bien. En terreno tan bien abonado, la semilla, el germen de rebeldía, arraigó. Nació la Asociación con toda la fuerza, con todo el calor que se pone en las ideas nobles, en las causas justas. ¡La esclavitud rompía las cadenas! Las huestes proletarias se aprestaban á la lucha con ardor, alta la frente, enhiesta la roja bandera, símbolo de redención. Reclamamos lo menos que podíamos reclamar: que las entibaciones se hicieran con más seguridad. Con engaños y subterfugios, dilataron la ejecución de las obras. A los dos meses un hundimiento dejó sin vida á veinte de nuestros queridos hermanos. (Con tristeza y excitado.) Entre ellos, estaba Gabriel, mi pobre Gabriel: un bloque sepultó su cuerpo, dejando solamente ver su cara. (Impresión. El talento del actor dará interpretación adecuada á esta escena.) En sus ojos, abiertos, creí ver algo así como si me dijera: «¡Padre, véngame!» (Ligera pausa.) El director visitaba la galería, y en su mirar indiferente se traslucía la poca importancia que daba á la tragedia. Una nube de sangre obscureció mi mente... Volví los ojos hacia los restos del hijo del alma, y creyendo interpretar fielmente su voluntad, hendí el cráneo del que sólo con un plumazo pudo evitar tanta desolación. (Ocultando la cara entre las manos.)

Aur. (Con ansiedad.) ¿Y después? ¡Oh, no se detenga!

Máx. ¿Qué más quiere que la diga?

Aur. Todo. Me interesa mucho.

Máx. Fuí preso; curó aquella hiena é influyó para gravar mi causa. Los que protestaron fueron despedidos. Cuando salí de la cárcel, mi compañera había muerto. Mi hija se la había tragado la tierra; nadie sabía de ella. Sólo me quedaba... un odio muy grande á la sociedad que así trata á sus hermanos. Mi cariño, pues, está condensado en éstos,

que nunca me abandonan. (Abrazando á los más próximos.)

Aur. (Con impaciencia.) Pero... ¿su nombre?

Máx. (Con extrañeza.) Máximo.

Aur. (Impresionada y atropelladamente.) ¿Zancada Gómez?

Máx. (Con interés.) ¡Sí!

Aur. ¿Su hija se llamaba Carmen?

Máx. (Con frenesí.) ¿La conoce usted? ¿Vive?

Aur. (Con alegría.) ¡Sí, vive!

Máx. (Con impetuoso arranque.) ¿Dónde está? Mi hija, ¿dónde está?

Aur. (Abrazándole.) ¡Aquí, padre mío! (Todos se emocionan. Josechu y Martínez lloran.)

Min. 1.º (Empujando á Máximo hacia Aurora.) ¡Apretad, apretad fuerte!

Máx. (Abrazándola.) ¡Hija mía! (Soltándola) ¡Pero no...! ¡No es posible!... Mi hija... (Mirándola fijamente y apretándose las sienes.) Pierdo la razón... Mi hija...

Aur. ¡Sí, padre!... No lo dude usted. Soy su hija. Recuerdo, aunque vagamente, cuando al volver del trabajo me levantaba así (Levantando los brazos.), besándome una y otra vez; besándome como jamás lo he vuelto á ser. Además, conservo recuerdos de mi desgraciada madre que me identificarán.

Máx. (Con duda.) No, no. Su nombre es Aurora, y tal posición no se alcanza fácilmente, á no ser que...

Aur. No sé cómo; me dijeron que en el arroyo fuí hallada, muerta de hambre y frío, en los albores de un crudo día de invierno. Por eso me llamaron Aurora. Murió la esposa de mi protector, y pasé de criada á señora. No conocí el honor hasta que le hube perdido. (Ligera pausa.) Ese hombre fué un usurero que...

Min. 4.º (Aparte.) ¡No digas más, no perdió los intereses, no!

Aur. ¡Perdón, padre mío! (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón!

Máx. (Levantándola.) ¡Hija del alma!... Nada tengo que perdonarte. Son lacras de la burguesía. Tú no tienes la culpa. Levanta la frente, que si el honor perdiste para la sociedad,

tal como ella lo entiende, para tu padre y tus hermanos no tienes mácula.

Aur. (Abrazándole, con alegría.) ¿Es decir, que me ama usted?

Máx. Con todo mi corazón.

Aur. ¡Padre!... ¡Qué dicha más grande llamarle así! Ya acabaron sus penas. Se encargará de las minas y de todos los negocios, y quedará arreglado el conflicto como usted disponga.

Todos ¡Bravoo!... ¡Vivaa!...

(Por todos lados afluyen mineros, mujeres y muchachos. Josechu y Martínez demuestran gran satisfacción. Óyese á lo lejos cantar el himno de esta obra, que irá percibiéndose cada vez más hasta entrar en escena los coros cuando se indique.)

Máx. Compañeros: (Expectación.) Consecuente con mis ideas, no puedo aceptar eso. (Impresión A Aurora.) ¡No, hija mía! Si tal hiciera, entonces sí que te habrías prostituído. No serías más que el emblema del vicio, la infecta esquirla del festín burgués. (Ligera pausa.) Un medio hay, sólo uno, de que el mal se transforme en bien. (Pausa.) Dinero, minas, cuanto posees, no es tuyo; es de la tierra. De sus entrañas lo arrancaron estos (Señalando á los mineros.) á costa de fatigas sin cuento, y cuando la tierra reclame sus agotados cuerpos; cuando sus huesos reposen en el seno de la madre fecunda, tu generación tal vez derroche en orgías el producto de tanta explotación. Por tanto, si te legaron bienes que no son tuyos, devuélvelos á su destino; haz partícipe de tu felicidad á tus hermanos, y entonces... ¡entonces, llámame padre, que honra, y grande, tendré en ello!

Aur. ¡Qué bueno es usted! Mi dicha no tiene igual. No sólo encuentro un padre como soñé, sino un corazón que ama lo que yo amo, que late al par que el mío; un corazón todo sentimiento. Jamás oí hablar así, aunque pensé de ese modo. (Dirigiéndose á todos.) ¡Hermanos míos: todo es vuestro! ¡Tomadlo todo! ¡Tomadlo y trabajad con amor, que la tierra es santa, y la gota de sudor que la déis, os la transformará en pan. Arregladlo como hermanos; repartíos el trabajo y repartíos el

producto. No os dejéis arrebatar jamás lo que por derecho os corresponde. (A Máximo.) Y ahora, ¿le puedo llamar padre?

Máx. (Abrazándola.) Ahora sí. Tu hermoso rasgo, la humanidad sabrá apreciarlo en lo que vale.

Jos. (Limpiándose los ojos y cogiendo de un brazo al Minero 1.°, que estará entusiasmado hablando con los demás.) ¿Lo estáis viendo? ¿Qué decís ahora?

Min. 1.° Que ésta no es burguesa. Lleva en las venas sangre proletaria.

Min. 2.° ¡Verdad! ¡Eso es verdad!

(Aparecen por el foro el Coro de mineros, terminando el himno y con una bandera roja. Aurora se apodera de ella, diciendo:)

Aur. ¡Enseña excelsa, yo te adoro! ¡Bajo tus pliegues encuentran acobijo los desvalidos! Eres mi desconocido ideal. ¡Amor! ¡Fraternidad! ¡Igualdad!

Máx. (Cubre con la bandera el cuerpo de Aurora, la echa un brazo sobre los hombros, y dándole la mano.) Y tú eres la hermosa, la bella, la resplandeciente, Aurora social.

(Todos se agrupan en derredor, á modo de apoteosis. Fuerte en la orquesta. Los coros entonan el himno:)

La unión es la fuerza, etc., etc.

(Telón muy lento.)

FIN DE LA OBRA

COUPLETS PARA REPETIR

No sé que proposiciones
hizo un día Nicolás
á una chica verdulera,
que ésta le llegó á pegar.
Hay quien jura que el muchacho
la echó mano al peregil
y otros dicen otras cosas
que yo no quiero decir.
Y no continúo, etc.

Es muy rara la escalera
que no tiene algún borrón
ó figuras y letreros
que á un civil causan rubor.
En la mía han dibujado
en cueros una mujer,
y debajo una pistola
donde pone: «Pa la Inés».
Y no continúo, etc.

Anoche soñé que estaba
con mi novia en el Edén;
éramos Adán y Eva
ya tentados por Luzbel.
La abrazaba con delirio,
me desperté, y... ¡oh, dolor!
estaba sudando á chorros,
abrazado al almohadón.
Y no continúo, etc.

Despachos de los Balkanes
aseguran muy formal
que los servios han cogido
quinientas turcas ó más.

Aquí se cogen por miles,
y si muchas no se ven
es porque son de Burdeos,
de Champán ó de Jerez.
Y no continúo, etc.

—

Hace ya bastante tiempo
se solía preguntar:
«¿Dónde te vistes, Fulana,
que tan elegante vas?
Pero con estos progresos
de modas en la mujer,
hay que decirlas ahora:
«¿Dónde se desnuda usted?»
Y no continúo, etc.

—

Porque le tocó á una amiga
el sexto de Navidad,
no se deja Magdalena
ni un sorteo sin jugar.
Se acuerda tanto del sexto,
según me dice don Luis,
que si no deja ese vicio
ha de tener muy mal fin.
Y no continúo, etc.

—

Como el agua de Lozoya
viene á veces incapaz,
trae de la fuente del Berro
un botijo la Pilar.
Y aunque no la he dicho nada
del agua ninguna vez,
siempre me la pone de esa
cuando vamos á comer.
Y no continúo, etc.

—

Hablando de tratamientos
dijo Perico á Isabel:
«Cuando se escribe una esquela
se encabeza con el mes.
Después, señor Fulanito...
(aquí el nombre del señor),

y cuando no hay confianza
se debe poner con don».
Y no continúo, etc.

—

Pidió Juan á una muchacha
le cosiera, por favor,
según le tenía puesto,
un botón del pantalón.
Pero estaba en tan mal sitio,
que la chica, sin querer,
le pinchó yo no sé dónde,
mejor dicho, si lo sé.
Y no continúo, etc.

—

A ver el evacuatorio
que hay en la Puerta del Sol,
bajó un día con un cura
la beata Leonor.
Y hablando de tal asunto,
así dijo á sor Inés:
«¡No puede usted figurarse
las cosas que allí se ven!
Y no continúo, etc.

En cuanto caen cuatro gotas,
ya está Purificación
remangándose la falda,
con ofensa del pudor.
Y si nota que algún pollo
la persigue con placer,
se la sube otro poquito
con la mayor buena fe.
Y no continúo, etc.

Como se corren las voces
de una peste sin igual,
en los conventos de monjas
no hacen más que fumigar.
Han caído tales prisas
para dicha operación,
que ya no queda una monja
por fumigar, no, señor.
Y no continúo, etc.

ADVERTENCIA

Para facilitar la labor del actor, creemos de suma importancia clasificar aparte las edades, tipos y caracteres de los personajes de la obra, que son como sigue;

Aurora.—Veintitrés años. Algo neurasténica. Cierto misticismo en las creencias religiosas, pero que las deriva á la humanidad en general, como si cuanto hablara fuera metafóricamente.—Cuadro primero: traje de casa. Cuadro segundo: ídem, pero de luto. Cuadro tercero: de calle, negro.

Rosina.—Veintiún años. Despierta y pizpireta. Profesa gran afecto á Aurora.—Cuadro primero: traje propio de doncella, con cuello blanco y delantal con peto. Cuadro segundo: el mismo, con cuello blanco y corbata negra.

Señora Juana. —Sesenta años. Muy santurrona, misteriosa, pesada y gruñona.—Cuadro primero: traje adecuado al ama de gobierno, sencillo. Cuadro segundo: de luto.

Don Baltasar.—Sesenta y seis años. Opulento burgués; taciturno. Tiene cierto optimismo á pequeños intervalos. Cardíaco; algo brusco y pesado. Viste bien, pero exagerado.

Don Cándido.—Treinta y tres años. Sacerdote. Clara inteligencia, torvo mirar, dulzura en el decir, y muy vehemente en las escenas fuertes, cambiando pronto su agresividad por melíflua mansedumbre.—Cuadro primero: traje talar (balandrán). Cuadro segundo: chaquet y barba negra.

Máximo.—Cincuenta y ocho años. Muy reposado. Habla pensando. En las escenas fuertes nada exagerado. Muestra el dolor conteniéndose. Movimientos enérgicos. Usa, en el decir, tono de apóstol cuando habla de los demás, y modesto en cuanto á él se refiere. Viste como sus compañeros, traje de minero.

Martínez.—Cuarenta y seis años. Secretario. Formal, aunque de jocosidad natural. Ideas avanzadas. Aprovecha el tiempo en pensar y escribir versos.—Cuadro primero: chaquet y pantalón claro; Cuadros segundo y tercero: de luto.

Josechu. — Veintiséis años. Criado. Dicharachero y atrevido, sin faltar al decoro. Infla los carrillos cuando hace algún chiste ó se incomoda.—Cuadro primero: con mandil, en mangas de camisa. Cuadro segundo: ropa negra. Cuadro tercero: igual que en el segundo, pero con boina.

Minero 1.º—Sesenta años. Intimo de Máximo. Viste como sus compañeros.

Minero 2.º 3,º y 4.º—Como los demás. Todos usan boina y son de carácter brusco.

Precio: UNA peseta